

Soy de la provincia de Córdoba. Nací en una casa de campo, un lagar¹ en el seno de una familia sencilla que cultivaba la tierra; la nuestra fue una viña que mi padre cuidaba con sus brazos.

Viví en una antigua aldea: Los Zapateros. Cuando cumplí el primer año, la aldea se había convertido en un pueblo: Moriles. Crecimos los dos juntos. Él nació en 1912; yo, un año antes. Como dos hermanos de la misma madre: la tierra.

Este medio rural me marcó; como el pueblo, fui mimada, protegida y alimentada de ilusiones y esperanzas; abrí todos mis sentidos al amor de la naturaleza; me sentí abrazada y envuelta en los aromas naturales: la yerba segada, la espiga madura, el bálsamo dulzón que respiran las cepas y los pámpanos, el fino aire del olivar preñado de frutos; el olor insidioso de la tierra mojada; el acre, del estiércol; la harina, la tahona, el pan caliente; la bodega, la almazara, el molino; el sudor de los gañanes; los aperos de la labranza; el vocerío de los corrales; el vaho de las cabras, los cerdos, los caballos; los patios rebosantes de flores; el agua de los pozos y de la fuente; los cantares de trilla; las pirámides de finísima paja en las eras; las tormentas y las riadas; las acacias del paseo, la pequeña iglesia, la pobrecita escuela.

El pueblo y yo fuimos creciendo y forjando quimeras. Y yo era feliz. Y Moriles ampliaba sus metas.

Fue una infancia muy dichosa. Cada año, mi abuelo, al empezar el invierno, me contaba un cuento, sentados alrededor de la chimenea del comedor, mientras asábamos castañas y bellotas en las ascuas. Siempre el mismo cuento. No sabía otro. Pero me leía y comentaba los cuentecillos de Calleja. Después yo, se los contaba a las otras chiquillas, que se quedaban embobadas; cuando se acabaron los cuentos de mi abuelo, yo seguía contando los que inventaba en el momento; mi imaginación iba de las princesas a los dragones, a las brujas y a los gigantes malvados; siempre estaba rodeada de un corro de niñas que me envidiaban tener un abuelo que sabía tantos cuentos; nunca dije ser yo la autora, por un extraño pudor y porque temía que entonces no les gustase.

Cuando aprendí a leer y a escribir, no dejaba un papel libre de mis fantasías: cuentos, comedias y novelas. A los catorce años publicaba cosas en un periódico de Lucena, en otro de Córdoba y en otro de Puertollano. Infatigable lectora, leía cuánto se me ponía al alcance. Durante el ejercicio de mi profesión en Dos Torres, en Córdoba y en Ubrique -soy

Maestra- escribí varios diarios escolares.

Siempre estoy escribiendo algo. Novelas. Novelas con motivos rurales; la aldea, el cortijo, el lagar, la tierra. Siempre la tierra.

La novela seleccionada en el Nadal se titula HISTORIAS DE UN PUEBLO SIN HISTORIA; naturalmente el pueblo es Moriles, mi hermano en el transcurrir del tiempo; el protagonista es un todo de aire, olor, música, dolor y felicidad. La vida misma en su tremenda realidad. Necesito leer y escribir todos los días. Es vital para mí uno de estos ejercicios.

Cultivo la novela porque me es más fácil que el cuento. Disfruto enormemente novelando, porque es una labor de creación y arte; cada personaje que me surge al escribir sin previamente pensarlo, es motivo de atención y curiosidad. Mis personajes nacen cuando quieren y hacen cosas que yo nunca sospecharía. Si por ejemplo en una situación en que la trama de la novela se me va escapando, escribo sin pensarlo dos veces: "Apareció Fulana o Fulana, que...lo que sea, lo que se me ocurra. Me quedo después parada y me digo: "¿Quién es? ¿Cómo es? ¿Qué quiere?" Y ya está el giro nuevo y me encariño con el flamante personaje que pasa a engrosar con todos los demás, a los que considero hijos míos. Tanto, que cuando me veo obligada a hacer con él una perrería, digo: "¡Pobrecito! ¡Y no queda otro remedio". Para mí, es un mundo irreal y maravilloso en el que vivo algunas horas.

No me importa la publicación. Las hago por puro placer. Y hasta pienso, que tener tantas novelas, como tengo, inéditas, es un bien, porque creo, que si hubiera ganado el Nadal o el Planeta, mi vida hubiera cambiado algo que me impediría atender mi hogar, mis hijos y sobre todo a mi esposo, que dicho sea, siempre me animó, pero quizá por esa, llamesmole "gloria o fama", que no llegó, cada día que pasa nuestra unión se hace más fuerte, ya que desligados los hijos, solo quedamos los dos, que somos, gracias a Dios, un TÚ.

Ahora estoy escribiendo cuentos, que me cuestan mucho trabajo, para los nietos. Es el mejor regalo que les puedo hacer. Y me satisface comprobar que cada uno de mis hijos me ha dado un nieto literato: Pablo, Alvaro, Carlos y Martita. ^{H. Javier} ¡Banditos sean ellos y ^{que} sepan eludir la gloria cuando la sepan perjudicial!